

HOMENAJE AL PREEMINENTE DON JOSE HERNANDEZ DIAZ EN SU NOVENTA CUMPLEAÑOS

RECUERDOS PARA UN MAESTRO *

por ENRIQUETA VILA VILAR

Es para mi un honor y una satisfacción que mi primera intervención en esta Academia sea precisamente en este acto, porque guardo del magisterio de D. José Hernández Díaz un recuerdo imborrable y en este caso no se trata en modo alguno de una frase protocolaria. Es imborrable porque cada vez que contemplo un monumento, cada vez que admiro una escultura o pintura e intento clasificarlos en el tiempo y en el espacio, no puedo por menos que acordarme de quien grabó en mi memoria todo el complicado entramado de la Historia del Arte. Porque D. José es un auténtico maestro en la acepción mas pura de esta palabra. Creo que esa ha sido su gran vocación y a ella dedicó lo mejor de su larga y fructífera vida. Y prueba de ello, y por encima del testimonio que yo pueda dar hoy aquí como alumna suya que fuí, están los datos objetivos: Es catedrático de Historia General de las Artes Plásticas de la Escuela Superior de Bellas Artes de Sevilla de la que fue fundador y donde impartió sus clases durante 36 años; catedrático de Arqueología Sagrada y del Arte del Seminario Diocesano de Sevilla, del que fue profesor durante 25 años; catedrático,

* Leído el 7 de junio de 1996

durante 19 años, de Historia General del Arte en la Universidad de Sevilla, donde siguió como profesor de Historia del Arte español siete años más, hasta su jubilación. Ninguno de sus numerosos cargos públicos —ha sido Vicerrector, Rector y Alcalde— le han impedido seguir dando sus clases, excepto cuando fue nombrado Director General de Enseñanza Superior e Investigación que se vio obligado a trasladarse a Madrid. Pero aún en este cargo siguió actuando y pensando como maestro. Me consta que dirigió en esos años algunas tesis doctorales y creó las especialidades de Filología Clásica, Pedagogía y, como no, la Historia del Arte, en la Universidad de Sevilla.

Conocí a D. José en Enero de 1958, cuando, con varios años y unos meses de retraso, llegué a la Universidad. Todo para mí era nuevo y mi comienzo a destiempo me hacía ver dificultades insalvables. Tengo que reconocer que la mayoría de los profesores me brindaron su ayuda, pero también que la acogida de D. José, que entonces era Rector, con lo que ello significaba, fue algo especial. Su humanidad, su cercanía al alumno y su accesibilidad hacían agradable una asignatura difícil y dura como era la Historia General del Arte, que D. José explicaba desde el principio al fin, y que exigía aprenderse en profundidad. Recuerdo haberle dedicado horas y horas en el Laboratorio de Arte, dirigido también entonces por el propio D. José, examinando láminas y bibliografía que nos animaba a manejar.

Sus clases eran una delicia a pesar de lo temprano de la hora y de lo celoso que era del tiempo. Llegaba invariablemente a las nueve de la mañana, puntual, cumplidor. No creo que, en el curso que di con él, faltara un solo día a clase ni que perdiera un minuto en divagaciones. Utilizando uno de sus mejores dones, la oratoria, las frases le brotaban a borbotones, con entusiasmo, como si no tuviera tiempo de transmitir cuanto conocimiento llevaba dentro. Nos introducía, sin darnos cuenta, en un lenguaje técnico y preciso que grababa en nuestras mentes a fuerza de repetir términos y conceptos que nunca puedo evitar relacionar con él: «Horror vacui», «escorzo» «terribilita miguelangelesca»... siempre me lo recuerdan. Las horas pasaban rápidas y distraídas mientras que nos iba incorporando a un mundo complicado y apasionante.

Pero el magisterio de D. José no se limitaba a las clases. Nos acompañaba a frecuentes visitas en las que nos mostraba los diferentes tesoros de la ciudad. Y he empleado la palabra «mostrar» como un eufemismo, porque lo que hacía D. José era materialmente tritular y desmenuzar el monumento del que ponía a nuestro alcance hasta sus más mínimos detalles. Eran jornadas auténticamente maratonianas. La visita a la Catedral duraba tres intensísimas tardes y la de la Mezquita de Córdoba nos dejó tan exhausto que algunos quedaron sentados en los bordillos de las aceras, mientras él continuaba impertérrito e incansable. Porque de sus muchas cualidades las dos que más llamaban la atención eran su vitalidad y su entusiasmo. Entusiasmo que hacía que sus enseñanzas trascendieran y nos transmitieran algo más que una asignatura: lo que D. José nos inculcaba era su amor a Sevilla. ¿Le han oído Vds. alguna vez describir un paso de palio? Yo no recuerdo nunca una definición más pura y gráfica del barroco.

A pesar de sus muchas horas de clase, a pesar de sus numerosos cargos públicos, D. José siempre encontraba hueco para estar cerca de los alumnos y hasta para acompañarlos a sus viajes de fin de carrera. Aún guardo en la memoria la anécdota de cierta ocasión en la que D. José intervino como mediador de un conflicto originado por el destino elegido para un viaje de fin de curso. Los alumnos no se ponían de acuerdo y para zanjar la cuestión se ofreció a enseñarles Galicia, aprovechando que ese verano tenía que dar allí unas conferencias. Era un curso en el que, como era habitual en la facultad de Filosofía y Letras por aquellos años, predominaban llamativamente las chicas. Y con una mayoría de ellas se metió en un tren que los llevaría a Santiago de Compostela. Uno de los vagones, en el que viajaba un matrimonio de mediana edad, se llenó de alumnas parlanchinas y alborotadoras a las que D. José, desde otro vagón, visitaba de cuando en cuando. Al cabo de las muchas horas que duraba el viaje, el matrimonio que iba observando tantas idas y venidas espetó a D. José de esta manera;

—Mire Vd.: Estamos discutiendo mi mujer y yo y hemos llegado a la conclusión que no sabemos decidir si son Vds. un profesor con sus alumnas, o si es Vd. el representante de Colsada. D. José le escuchó muy serio y le respondió: Hombre, le agradezco a Vd. el beneficio de la duda. Porque a mi me han identificado de

muchas maneras, pero nunca, se lo puedo asegurar, como Vds. acaban de hacerlo.

Como todo gran profesor, D. José era siempre exigente, pero absolutamente justo, incluso hasta llegar a exagerar. Recuerdo los malos ratos que tuvo que pasar su sobrina Conchita, compañera mía, a la que nunca consintió examinar personalmente y a la que hacía someterse a un tribunal para decidir sus notas. Y también, como todo gran profesor era un investigador nato. Sus numerosos trabajos sobre Juan de Mesa, Murillo, Zurbarán, Valdés Leal, Roelas y, sobre todo, Martínez Montañez, así lo acreditan. Fue pionero en desempolvar papeles del Archivo de Protocolos, labor que culminó, entre otras cosas, con la publicación, junto con D. Antonio Muro Orejón, de cinco volúmenes del Catálogo de Fondos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla. Compañero ejemplar, amigo de sus amigos, es notable en su bibliografía la serie de artículos dando a conocer la labor de muchos de ellos. D. Francisco Murillo, su maestro, D. Francisco Collantes de Terán y Delorme, Santiago Martínez, Pérez Comendador, Florentino Pérez Embid, Patricio Peñalver, Alfonso Grosso o Santiago Montoto, son algunos de los que han visto sus méritos impresos gracias a D. José Hernández Díaz. Varios libros, cientos de artículos, catálogos y conferencias, avalan su importantísima labor investigadora que siempre supo compaginar con sus otras muchas actividades. En verdad abruma pensar el valor incalculable que D. José ha sabido dar a su tiempo.

Ahora, después de tantos años, cuando se examina la magna labor de D. José Hernández Díaz, cuando se repasa su inabarcable bibliografía, cuando se piensa en obras de toda una vida como su precioso y preciso libro sobre Martínez Montañez, cuando se contempla la ingente tarea de una persona dedicada al trabajo y al arte, estos recuerdos del hombre, del profesor que siempre fué, recobran una dimensión extraña y profunda que nos hace pensar en la fuerza de una vocación. Porque sólo a base de ella se puede comprender un legado como el que D. José dejará un día que, ¡ojalá!, Dios lo quiera, sea todavía muy lejano.